

---

---

(Viene de la pág. 12)

—¡Oh!, no; es mi nietecito —y una lágrima, difícil de contener, se asomó a ver la luz del día—; tiene dos añitos sólo. Dice el médico que es un ataque a la cabeza, y el hielo puede reanimarle algo.

Por la acera de enfrente, y hacia nosotros, venía corriendo una niña, muy delgada, vestida con un traje de cuadritos blancos.

—¡Abuela! —gritó, al aproximarse—.

Abrazadas y llorando, comenzaron a correr calle abajo.

Las seguí.

Al doblar una esquina, se introdujeron en un callejón y entraron en el oscuro portal de una de las casas. Entré detrás de ellas.

Subimos hasta el segundo piso. En el pasillo, había unas viejas con aire de compunción.

—¡Luisín! —gritó la mujer, al tiempo que una cascada de generosas lágrimas caía por sus delgados carrillos—.

Precipitadamente, se metió en una de las habitaciones que daban al pasillo.

Me quedé en la puerta.

En el cuarto había una cama de hierro, muy baja. Entre las sábanas, se veía el cuerpo de un niño pequeño, rubio; tenía la cara amarilla, como si hubiera sido quemado por la fiebre. Estaba rígido. La mujer lo abrazó desesperadamente, y unas moscas que se paseaban por las babas —aún frescas, de la boca—, huyeron con un vuelo lento y pesado.

El hielo de la bolsita, que la mujer llevaba colgando del brazo, se desparrramó sobre la cama, deshaciéndose en pedazos. Luego, rodando, vinieron a caer al suelo; algunos quedaron entre las piernas del niño, derritiéndose muy a prisa, como si quisieran huir, extrañados ante la frialdad de la carne.

En un ángulo de la habitación, un hombre y una mujer, jóvenes, miraban al niño muerto, ensimismados.

Me descubrí y salí silenciosamente. En la habitación —que cerca de la puerta hacía el pasillo al ensanchar su barriga—, había ya muchas mujeres. Se abanicaban, mientras parlotaban en voz baja:

—¡Bah!, era tan pequeño —decía una vieja ajamonada— que ni siquiera podían haberle cogido cariño.

Bajé despacio las escaleras.

(Nunca se me hubiera ocurrido que detrás de aquel trozo de hielo pudiera esconderse toda una tragedia).

En el portal, el aire se hacía más frío. Al pasar, me reanimé un poco. Tenía el cuerpo como alejado de mí, como hueco, igual que si de un golpe me hubieran arrancado las entrañas y estuviese vacío, como un pellejo deshinchado.

ALFONSO VILLAGÓMEZ

Toledo, 1955.

---

---